

# En la costa desaparecida

*Historia general de mi hermano  
y los forajidos de Arizona*

Francisco Serrano



colección VEREDAS

*En la costa desaparecida.*  
*Historia general de mi hermano y los forajidos de Arizona*

Primera edición: enero de 2020

Diseño de colección: Juan García  
Ilustración de cubierta e ilustraciones interiores: Eva Vázquez  
Diseño de cubierta: Araceli Segura  
Maquetación: Sergi Puyol

La editorial quiere agradecer especialmente la generosidad  
de Eva Vázquez, Daniel J. García López y Lorena Ferrer Rey

© Francisco Serrano García, 2020  
Este libro está editado bajo licencia  
Creative Commons 4.0 CC-BY-SA-NC



Episkaia  
Plaza Luca de Tena, 5, 3ºB  
28045 Madrid  
episkaia.org  
episkaia@gmail.com

ISBN: 978-84-949223-4-3  
Depósito legal: M-36500-2019

Impresión: Estugraf  
Impreso en España / Printed in Spain

Este libro está impreso sobre papel Lenza Top Recycling,  
100% reciclado, libre de cloro y con certificación FSC y Ecolabel.





Then—in my childhood, in the dawn  
Of a most stormy life— was drawn  
From every depth of good and ill  
The mystery which binds me still:  
From the torrent, or the fountain,  
From the red cliff of the mountain,  
From the sun that round me rolled  
In its autumn tint of gold,  
From the lightning in the sky  
As it passed me flying by,  
From the thunder and the storm,  
And the cloud that took the form  
(When the rest of Heaven was blue)  
Of a demon in my view.

Edgar Allan Poe



*El territorio parece una aproximación a la nada. Praderas rojas que van en ligera ascensión hacia unos montes pintados con vapor verde y azul, demasiado temblorosos en el horizonte como para creer que su sustancia es auténtica. La cuenca de un gran lago salado, último vestigio del océano que partía el continente cien millones de años antes, acunada por una cadena de sierras laberínticas fruto del mismo cataclismo que creó las Montañas Rocosas. Las aguas atrapadas se evaporaron o filtraron gota a gota hacia las cavernas del mundo interior en unos pocos milenios y dejaron la llanura gris de lodo y sal, llena de huesos y restos de criaturas de un orden diferente. El viento trajo el polvo y lo asentó sobre los estratos salados, los manantiales de las montañas, pura agua de roca, manaron en forma de arroyos y ríos y grabaron en la tierra los dibujos sinuosos del fuego en los metales. Creció la hierba y los lagartos gigantes recorrieron las praderas como luego lo harían los mastodontes y las aves del terror. El mundo se oscureció y el mundo se iluminó, los glaciares cubrieron la llanura y después se retiraron arañándole valles entre las sierras, desplazando el lodo petrificado, mostrando en planos de piedra quebrada*

la estructura de los monstruos extintos, entregados por fin a la lluvia y al viento y a ser borrados antes de que los ojos de alguien pudieran contemplarlos y guardarlos para siempre en la memoria. Creció la artemisa y la lavanda alrededor de los farallones de la costa desaparecida, llegaron los berrendos en fuga, perseguidos por el fantasma de los guepardos, llegaron los nómadas a pie desde el norte y contemplaron el paisaje, los ríos, el lago arriñonado, las nubes de tormenta enredadas en los picos de las sierras y los montes, y lo que sea que sintieron hizo que siguieran hacia el sur sin detenerse ni descansar, quizá el mar hundido, todavía demasiado cerca de la superficie, borboteando en la negrura, tocó sus sueños y los volvió oscuros y fríos o los llenó de imperios y pirámides. No habría personas asentadas en la cuenca del gran lago salado hasta la llegada de los caballos salvajes desde el otro lado del océano, cabeceando y corcoveando como si los montaran jinetes de circo, los ollares dilatados, los belfos espumosos como de un fuego blanco. He aquí el territorio, he aquí el paisaje, he aquí las mujeres y hombres que lo habitan.



# Parte primera

*Como un laberinto infinito*





## 1. El funeral

La diligencia llegó a la posta de Coppercreek. El cochero gritó el nombre del pueblo varias veces, refrenó a los caballos y los hizo pasar bajo el arco de entrada del patio. Detuvo el carruaje frente a la puerta de la cantina. Los pasajeros bajaron abanicándose y estirando brazos y piernas, doloridos y entumecidos por la travesía. El cochero los contó. Falta uno, le dijo al escopetero sentado a su lado. ¿Quién?

El escopetero se inclinó hacia un lado y echó un vistazo. Tú quién crees, dijo. Está dormido.

Me cago en todo.

¿Qué hacemos?

Espera, dijo el cochero. Arreó a los caballos y llevó la diligencia hasta las cuadras junto a la cantina y la oficina de correos. Mientras los mozos de la posta bregaban con los animales el cochero le hizo una seña al escopetero y se colgó del pescante. Golpeó con el mango del látigo en la ventanilla. Eh, oiga, dijo. Oiga.

El dormido se revolvió en el asiento, gruñó y se quitó el sombrero de la cara. Mala barba y amarillentos rasgos de roedor, los ojos negros y estrechos. Qué, dijo.

Usted se queda aquí, dijo el cochero. Por la ventanilla contraria se asomó el escopetero. El hombre los miró a ambos.

¿Dónde estamos?, dijo.

En Coppercreek, dijo el cochero. Hasta aquí llega su billete.

Mierda, dijo el hombre

Bájese de una vez.

¿Cuándo vuelve a salir la diligencia?, dijo el hombre.

En una hora, dijo el cochero. Si quiere volver a subir tendrá que comprar otro billete.

Otro billete.

Sí.

Vaya por Dios, dijo el hombre.

Eh, dijo el escopetero. ¿Se quiere bajar de una vez? Tenemos cosas que hacer.

¿Qué lleva ahí?, dijo el hombre.

¿Cómo?

En la escopeta. ¿Sal?

El escopetero frunció el ceño. Postas loberas, dijo.

Ya.

¿Quiere que se lo demuestre?

El hombre le sostuvo la mirada un momento y luego dijo: A la mierda. Le dio una patada a la portezuela que casi golpeó al cochero al abrirse y saltó de la diligencia. Se alejó a paso lento, sin mirar atrás. Era un hombre desgarrado, con pantalones oscuros y una chaqueta de ante muy gastada y el pelo largo, pegado al costado del rostro para ocultar que le faltaba la oreja izquierda. Se puso el sombrero y siguió los muros encalados del patio hasta el arco de entrada. Al otro lado del camino estaba el pueblo. Un arrabal de casas de adobe y cabañas carcomidas. Más allá la calle principal, edificios de ladrillo, fachadas blancas,

escaparates relucientes, lo que parecía el ostentoso cartel de un saloon. Todo estaba seco y polvoriento pero podía olerse la humedad del río Cobre, que llegaba al pueblo desde los montes del oeste. El hombre permaneció a la sombra del arco, pensando. Sacó de la chaqueta un trozo de tabaco de mascar y lo mordió. Se dirigía al norte, con la intención de llegar a Canadá o incluso a Alaska. Quería hacerse trampero. Estaba harto del sur, estaba harto del calor. Acababa de llegar a la treintena pero se sentía viejo y cansado. Solo quería ir a algún sitio con nieve y limitarse a pegarle tiros a los alces y los osos. No tenía dinero para el billete, apenas algunas monedas, suficientes para un par de tragos, y la pistola y el cuchillo bowie de empuñadura de hueso que le colgaban de la cintura. Se volvió para mirar por la puerta abierta de la cantina y sopesar sus opciones. Una mujer de piel oscura servía platos y jarras de agua y vino a los viajeros. Calabazas, hileras de ajos y pimientos secos en las paredes. Escupió un chorro de jugo de tabaco al polvo. El escopetero, bajo la enramada de la oficina postal, no le quitaba ojo de encima.

Hijoputa, dijo entre dientes. Allí no iba a encontrar lo que buscaba. Miró hacia el pueblo de nuevo. De Coppercreek sabía poco. Que era un pueblo minero y que crecía muy deprisa. Que no era el mejor sitio pero tampoco era el peor de los sitios. Bueno para buscar trabajo, pero él no buscaba trabajo. No le iban a pillar picando piedra en ninguna galería de los montes y sus días de matón y rompehuelgas ya habían pasado. Escupió otra vez. Pero en esos lugares siempre encontraba salida al mejor de sus talentos. Cruzó el camino en dirección al cartel del saloon, sin pensarlo más, y así Eugene Fletcher, conocido como Sonny, asesino de al menos nueve hombres, tahúr profesional, antiguo miembro de la banda de Chuck Kerrigan,

y por cuya cabeza se ofrecía bastante dinero en los estados de Texas, Nuevo México y el Territorio de Arizona, entró en Coppercreek el día del funeral del sheriff Richard James Hooper. Llevaba tres meses fugado del penal de Yuma.

La diligencia ha sido un error, pensaba. El error de alguien desesperado. Se acodó en la barra del saloon y pidió una cerveza, la mano apoyada en la cortina de pelo que le cubría la oreja ausente. La sed que sentía era de whisky, pero aquella era la bebida que siempre le metía en problemas y además había perdido mucho fuste como bebedor. Su primer whisky en libertad le mareó como si fuera un crío. El establecimiento no estaba muy concurrido. Miró a su alrededor mientras le servían. Un par de mesas en las que se jugaba al póquer, el resto dedicadas al faro y al monte. Los tipos que llevaban la banca iban en tirantes y mangas de camisa y tenían pinta de conocer su oficio y ser unos redomados tramposos. No tenía tiempo para lidiar con ellos, si pretendía reunir en una hora el dinero del billete. Si es que decidía hacerlo. Lo que necesitaba era un caballo y un rifle, como los que había perdido en Tularosa escapando de un comisario y su partida de voluntarios. Todo de mal en peor desde entonces. El camarero le puso un alto vaso de cerveza y se llevó las monedas. Sonny dio un trago y se sintió mucho mejor al instante. Revitalizado. Se lamió la espuma del bigote. En las mesas de póquer no había banca. Se acercó con el vaso a la mesa que tenía menos jugadores. Apuestas pequeñas. Los paletos lo miraron de soslayo y siguieron con el juego. Ganaderos, mineros retirados. Sonny se sorbió los dientes, bebió cerveza y aguardó. Por fin uno de los jugadores señaló una silla vacía.

Me gustaría, dijo Sonny, pero no tengo dinero.  
El jugador lo miró de pies a cabeza. ¿Nada?, dijo.  
Nada de nada, dijo Sonny.  
El jugador chasqueó la lengua. ¿Y ese bowie?  
Sonny lo extrajo a medias de la funda. Es un recuerdo,  
dijo. Un regalo.  
No me importaría echar un par de manos si lo pone  
encima de la mesa, oiga, dijo el jugador.  
Si todo el mundo está de acuerdo...  
El resto de jugadores asintió. Sonny ocupó la silla y  
puso el bowie en el montoncito de las apuestas.  
Déjeme verlo, dijo el jugador. Cogió el cuchillo y lo  
sopesó. ¿De qué es la empuñadura?  
De hueso.  
Hueso de qué.  
Sonny se retrepó en la silla y miró al tipo a los ojos  
durante un instante demasiado largo y luego dijo: De vaca.

A media tarde ya había logrado unir las dos partidas de  
póquer del saloon y subir la cantidad de las apuestas. Los  
paletos iban y venían y Sonny los desplumaba casi sin  
que se dieran cuenta, apañándose las para repartir las ga-  
nancias entre los otros jugadores y no llamar la atención.  
Llevaba años sin jugar así, desde la noche en que lo arres-  
taron en Nogales. Cuando le pareció que comenzaban a  
mirarle demasiado desde las mesas de faro se retiró de la  
partida con el dinero suficiente para un rifle. El caballo  
tendría que robarlo. Esa misma noche, eso sería lo pru-  
dente. Se acercó a la barra, apuró su quinta o sexta cerveza  
y pidió un whisky. Se lo merecía y ya no iba a jugar más.  
El trago le quemó la garganta y bajó hasta las tripas con  
una sensación de bienestar que no podía compararse a  
la de la cerveza y que hacía muchísimo tiempo que no

sentía, no con esa plenitud. Los recuerdos de Yuma, los trabajos forzados de sol a sol, se ocultaron tras una bruma, como algo sucedido a otra persona. Un mal sueño. Hatajo de paletos, se dijo. A estos podría vaciarles los bolsillos completamente borracho. Podría hacerles bailar el can-cán. Pidió otro whisky y salió al porche del saloon, sin dejar de sonreírse.

Una comitiva fúnebre avanzaba por la calle principal. Sonny dio unos sorbitos a su vaso y contempló la carreta del muerto, la calesa de la viuda, la docena de personas que caminaba detrás. Dos viejos barbudos estaban sentados en el banco a su lado y negaban con la cabeza mientras liaban cigarrillos con papel de periódico.

Una tragedia, dijo uno.

Una desgracia, dijo el otro.

¿Qué pasó?, dijo Sonny.

Un borracho mató al sheriff, dijo un viejo. Le cortó el pescuezo con un cuchillo.

Fue más bien una estocada, dijo el otro.

Sonny gruñó. Bebió un poco más y brindó en silencio por el asesino. La carreta del muerto pasó frente al porche. El ataúd era un buen cajón de pino, en su opinión mucho más de lo que se merecía cualquier agente de la ley.

Ese chavalín, Andy, dejó seco al tipo de un tiro.

¿Quién?, dijo Sonny.

El ayudante, el joven, dijo uno de los viejos.

Sonny movió los ojos sin prestar atención a la calesa de la viuda, que iba de luto completo, hasta con velo, y le echó un vistazo al chaval que llevaba la estrella en el pecho. La cara brillante y enrojecida por la navaja de afeitar, los ojos entornados al sol del crepúsculo. El otro ayudante era un cuarentón corpulento, más bien gordo. No le parecieron gran cosa.



¿Cómo fue?

Un tipo, un minero, estaba montando jaleo, dijo uno de los viejos. Aquí mismo en el saloon. Era un habitual y el sheriff se lo había llevado a dormir la mona en más de una ocasión a las celdas de la Oficina. Un buen tipo el sheriff, la verdad. Duro pero justo. Se llevaba al borracho del brazo cuando el otro, sin mediar palabra, sacó el cuchillo y se lo clavó en el cuello. Se desangró tan deprisa que creo que ni supo lo que estaba pasando.

Andy desenfundó y le pegó un tiro al borracho cuando todavía no había sacado la hoja del cuello del sheriff, pero no sirvió de nada.

Todos decían que ese Andy era un poco lento, pero resultó que no tanto.

Por lo menos no para disparar.

¿No mató también a uno de los que intentaron robar la nómina de la compañía minera el año pasado?

El otro viejo negó con la cabeza. No, no, el sheriff mató a uno. Andy hirió a otro en la pierna, pero no murió. Lo colgaron después en Campanas, eso sí.

Sonny dio otro sorbo al whisky. Miró a los viejos. Veo que es un pueblo bastante animado, dijo.

Era muy tranquilo hasta que encontraron todo ese cobre en los montes. Está creciendo demasiado.

¿No había sido siempre un pueblo minero?

Los viejos asintieron. La Sweet Mary, dijo uno. Salía plata a espuestas de esa mina, pero se agotó. El pueblo aguantó viviendo de la ganadería hasta que la compañía volvió a encontrar algo que sacar de las galerías.

Ajá, dijo Sonny, pensando ya en otra cosa. La idea de robar un caballo ya no le parecía tan atractiva. Le tentaba volver a la partida. Si lo hacía bien podría terminar la noche con dinero de sobra para todo lo que necesitaba.

Una buena cama y un baño, incluso. Solo tenía que ser cuidadoso. No beber más whisky. Solo una copa más, quizá, para mantenerse entonado. Con semejante panda de inútiles era imposible perder. Podría marcar las cartas en su cara y le seguirían mirando con aquellas expresiones de pasmo. Como terneros perdidos. Solo sabían mugir y rebuznar. Iba a darle otro trago al vaso cuando la calesa de la viuda pasó frente a él y la mujer retiró el velo de la cara para limpiarse el sudor con un pañuelo.

Se le cayó el vaso de whisky al suelo. La viuda giró los ojos y lo miró. Se colocó el velo y volvió la cabeza. La calesa pasó de largo.

Que me jodan, dijo Sonny. Que me jodan por detrás y por delante.

Los viejos se miraron.

¿Está usted bien, oiga?

Que me jodan de arriba abajo, dijo Sonny.

Esa misma noche robó un caballo de la posta de la diligencia y cabalgó hasta el amanecer en dirección sur. Se acabó el viaje al Gran Norte. Se acabó Canadá y se acabó Alaska. Nunca le dispararía a alces y osos en algún sitio con nieve.